

ODO MARQUARD, *Individuo y división de poderes. Estudios filosóficos*, trad. de José Luis López de Lizaga, Trotta, Madrid, 2012. 144 páginas.

En esta obra, brillante y trascendente, Odo Marquard consigue acercar al lector el análisis de la filosofía escéptica sobre la finitud humana. Esta filosofía define al ser como sujeto no absoluto, libre y capaz de cultivar múltiples pensamientos sobre la realidad en la que vive defendiendo el pluralismo de ideas. A través de las experiencias personales que han ido configurando su entendimiento del ser, Marquard nos enseña a comprender la realidad social que nos rodea. En *Individuo y división de poderes* se recopilan una variedad de textos escritos entre 1984 y 2003. Estos quedan enlazados entre sí a través de conceptos clave de su pensamiento y nos permiten aproximarnos a su personal estudio ontológico y epistemológico de la filosofía.

Sin duda, el acontecimiento más importante del siglo veinte, la II Guerra Mundial, influyó en Marquard determinando su pensamiento y su modo de entender la filosofía. Para él los horrores y desengaños de la guerra se convirtieron en su propia posición filosófica. Su vida estuvo marcada por la educación que recibió en las escuelas de Adolf Hitler (1889-1945) y su experiencia en la Tropa Popular de Asalto; ambas tenían como objetivo la creación de una élite nazi instruida en un idealismo basado en la negación del civismo burgués y con una formación sólida en la indiferencia o, como dice el autor, en el “extrañamiento del mundo” (p. 29).

No obstante, el pensamiento integral de Marquard se forma en la postguerra,

cuando rompe con toda su infancia y comienza a cuestionarse la doctrina en la que lo han educado. A partir de entonces abogaría por un espíritu democrático firme incompatible con cualquier tipo de totalitarismo. Esta eclosión filosófica coincide con el Mayo del 68 que muchos definieron como la confrontación inicial con el pasado nazi, aunque esta se produjera en los años posteriores a la guerra y fuera protagonizada por la generación escéptica. Esta generación conformó la respuesta directa y racional a las consecuencias del totalitarismo fascista. A ella pertenecía Marquard. Fue una generación que convirtió la culpa y la vergüenza de los horrores cometidos en la “huida hacia la crítica” (p. 35) y en la resistencia contra el conformismo de la negación de la vida civilizada.

De esta manera, Marquard va a criticar el creciente entusiasmo por la ética filosófica del discurso que se benefició de la génesis de una conciencia moral en la naciente República Federal Alemana liberada de los absolutismos. Esta nueva conciencia respondía al remordimiento de los alemanes por no haber sido capaces de enfrentarse y desobedecer al nacionalsocialismo y pretendía romper con este sentimiento e ir “contra todo lo fácticamente existente en general” (p. 56). Además, esta conciencia comenzó a quebrantar *tabúes* y a sacrificar *tótems* pero, también, generó un nuevo discurso común basado en la desobediencia retrospectiva, es decir, en la capacidad de absorber la mala conciencia y convertirse uno mismo en ella. Así,

apunta Marquard, se creó un nuevo discurso absoluto donde el hombre es, en sí mismo, conciencia, y aquellos que lo asumen se convierten en vanguardia, dejando a los demás en el pasado y creando un *super-nosotros*. Sin embargo, Marquard nos alerta de estas posiciones, pues vuelven a caer en posicionamientos absolutos, a la vez que nos previene de algunas tendencias filosófico-sociológicas que abogan por el fin del individuo “como un progreso positivo” (p. 61) y donde se convierte en indispensable la figura de un Leviatán.

Por ello, Marquard nos advierte de la necesidad de colocar al ser dentro de su propia naturaleza finita: “Cuyo futuro más cierto es nuestra muerte...nuestro pasado más inevitable es nuestro nacimiento” (p. 13). Este ser queda despojado de poderes absolutos y con su protagonismo rebajado al nivel de las formas finitas materiales propias de la realidad en la que vive. Asimismo, apunta que es necesaria una filosofía que apueste por el “retorno del individuo”, idea que toma de W. Kraus (p. 62), pero que no le deje caer en posicionamientos absolutos y totalitarios, sino que le instruya en la división de poderes. Esta filosofía sería para Marquard el escepticismo. A su modo de ver, esta forma de pensamiento permitiría romper con la esclavitud epistémica de los absolutismos y apostaría por el diálogo basado, ante todo, en la libertad.

En este aspecto, la reflexión de Marquard apunta la importancia de reformular la idea de división de poderes que la doctrina clásica había aportado basándose en

la posibilidad de la individualidad política y de la libertad. Sin embargo, en la actualidad, es necesario repensar este concepto ya que, como señala el autor, la división de poderes no es solamente una división política, sino que determina la realidad de muchas formas y “esta diversidad de la realidad es la ocasión de la libertad humana” (p. 76). Además, la filosofía debe estar comprometida políticamente con el individuo finito, puesto que sólo siendo ciudadano es real.

Paralelamente al concepto de división de poderes, Marquard construye buena parte de su pensamiento político en torno al concepto de civismo burgués. Este debe configurar las relaciones políticas dentro de los Estados, primando siempre el centro ideológico y evitando los extremismos que repiten los discursos absolutistas y construyen un Estado de excepción continuo. Por esta razón, en la reciente República Federal Alemana, la democracia parlamentaria se erige en torno a la idea de libertad del individuo y del pluralismo filosófico.

Ahora bien, uno de los aspectos en los que Marquard aporta claridad y nitidez, de manera brillante, es en relación al concepto de filosofía. El *amor a la sabiduría* no debe entenderse únicamente como la pasión por el conocimiento, sino que también debe basarse en el análisis de la doctrina de vivir y de cómo construimos aquello que nos rodea. Por esta razón, no existiría la filosofía, sino que existen *filosofías*<sup>1</sup>, basadas en la diversidad de esferas de la realidad que hay que conocer. La plu-

---

<sup>1</sup> Cuenta Marquard que el análisis de “las filosofías” está basado en las teorías de Hans Leisegang (p. 99).

ralidad de espacios conlleva la interdisciplinariedad, el pluralismo científico y, por tanto, aporta Marquard, la división de poderes, es decir, la libertad. Siguiendo con esta idea, la música también jugaría un espacio importante en el entendimiento de la filosofía. La estética filosófica y la metafísica tienen relación con la música, ya que permiten al ser apreciar la belleza y la finitud del tiempo en el que se envuelve (pp. 117-121).

En otro orden de cosas, Marquard aporta nuevas visiones a la filosofía de Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) y de Joachim Ritter (1903-1974). Estos filósofos también resaltan la importancia del Yo en el análisis de la teodicea, por un lado, y en el estudio de la libertad cívica burguesa, por otra. Ambos autores coinciden en la importancia que ha tenido la filosofía de la situación histórica para comprender la evolución del ser y de la realidad que lo rodea. Sin embargo, no debemos pensar que Fichte y Ritter hayan sido escogidos por Marquard al azar, ya que parte de su

trayectoria académica se ha basado en la revisión de buena parte de la filosofía de estos dos pensadores.

En conclusión, *Individuo y división de poderes* es una obra de máxima actualidad para el análisis de la filosofía política. En un contexto de crisis política como en el que vivimos, resulta verosímil la circulación de discursos absolutos que pretendan disuadir a la multitud. Sin embargo, la lectura de la obra de Marquard nos ofrece herramientas analíticas necesarias para explorar y comprender el porqué de estas corrientes discursivas y cómo poder sortearlas bajo el amparo de la filosofía escéptica. Todo ello, a través de una escritura sensata y reflexiva que envuelve al lector en un inconsciente metódico y analítico cargado de meditación personal sobre nuestro propio modo de ser y de conocer.

SILVIA ALMENARA NIEBLA